

***Un ciego a otro en Toledo: ¡A Dios y veámonos!:*
el Guzmán de Alfarache, el Quijote y un chiste-refrán tradicional**

José Manuel Pedrosa
(Universidad de Alcalá)

Pudíerales decir entonces lo que un ciego a otro en Toledo, que, apartándose cada cual para su posada, dijo el uno dellos: ¡A Dios y veámonos!

Son las palabras que cierran el capítulo II: 8 de la *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache* (1604) de Mateo Alemán (604). Aquel que presenta al pícaro embarcándose, con su compinche Sayavedra, en una galera que le saca de Génova (donde ha cometido trapacerías que aconsejan repartir aquellos adioses y poner tierra de por medio) y le devuelve a España.

Palabras que coinciden, por cierto, con algunas del Sancho cervantino que una edición canónica del *Quijote* ha explicado de este modo: “es fórmula popular que se emplea cuando no se está dispuesto a escuchar más razones en una discusión”:

No sé esas filosofías —respondió Sancho Panza—, mas solo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabría regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo: y siéndolo, haría lo que quisiese; y haciendo lo que quisiese, haría mi gusto; y haciendo mi gusto, estaría contento; y en estando uno contento, no tiene más que desear; y no teniendo más que desear, acabóse, y el estado venga, y a Dios y veámonos, como dijo un ciego a otro. (573)

El juego de palabras y de ingenio que engastaron Alemán y Cervantes dentro de sus prosas suntuosas se nos revela también, como refrán desnudo, en el *Vocabulario de refranes* (1627) de Gonzalo Correas (10, núm. 147): “A Dios y veámonos. Y eran dos ciegos”.

Diego Clemencín, Rudolf Schevill, Adolfo Bonilla y Francisco Rodríguez Marín demostraron, en los comentarios correspondientes de sus ediciones clásicas del *Quijote*, que, aparte de ser chiste y refrán viejo y divulgado, sus variantes, muy parecidas casi todas entre sí, perduraron en el habla y en la cultura popular españolas de los siglos XIX y XX. Julio Cejador (99) registró, de hecho, alguna variante algo más suelta (“Como veamos, dijo el ciego, y nunca veía”), justo a continuación de la más divulgada (“A Dios y veámonos, y eran dos ciegos”).

Sorprende que no solo en España, sino también en Rumanía, nuestro chiste-refrán dé señales de arraigo. Ello puede ser indicio de antigüedad respetable y, por supuesto, también de transmisión oral inmemorial, aunque en España esté documentado solo a partir de nuestros Siglos de Oro:

Adio, să ne vedem sănătoși, cum cic-a zis un orb altuia.
 (“Adiós, que nos veamos con salud, como dicen que le dijo un ciego a otro”).

Adio, și la bună vedere, cum i-a zis un orb altuia
 (“Adiós y hasta la vista, como le dijo un ciego al otro”). (Fontana, 38)¹

¹ Fontana define todas estas paremias como “wellerismos”, igual que hace Orero Clavero, 462.

Pero no todas las versiones que tenemos registradas se hallan cortadas por patrones idénticos o tan parecidos. El de la despedida de los ciegos que hacen votos de volver *a verse* fue, en realidad, refrán-chiste que logró emanciparse en muchas ocasiones del estrecho corsé formulístico con que hasta aquí lo hemos conocido, vestirse ropajes verbales tan variados como pintorescos y traspasar, en alas de la *vox populi* y de la pluma ingeniosa de muchos escritores de tres al cuarto, la barrera de los siglos.

Y con esto hasta la vista, como se despedían dos ciegos noches pasadas en la puerta del [Café] Suizo.

Así, desmontando la acuñada fórmula tradicional y volviéndola a montar sobre una trama más local y particular, ponía fin a una crítica de un espectáculo que se representaba en el circo Price de Madrid el escritor Juan A. Loren y La Hoz. La publicó *El Mundo pintoresco* del 5 de agosto de 1860 (251), al cabo de algunos siglos de su deslizamiento en el *Guzmán de Alfarache* y en el *Quijote*.

Vuelos poéticos algo más sofisticados cogieron, sin llegar tampoco a grandes alturas, estos otros versos chistosos que fueron publicados en la prensa del XIX y de los inicios del XX:

Dos ciegos al separarse
con ingenuidad decían:
—Me alegre verte tan bueno,
—Igualmente: hasta la vista.
(*Barcelona cómica*, 8 de agosto de 1896, 12).

En una tertulia ayer
un ciego se despedía,
y así al marchar nos decía:
—¡Señores, hasta más ver!
(*Gil Blas*, 7 de febrero de 1867, 4).

En una tertulia, ayer,
un ciego se despedía,
y así, al marcharse decía
—Señores, hasta más *ver*.
(*La Unión ilustrada*, 16 de mayo de 1918, 30).

En estos rudimentarios poemillas que acabamos de conocer las concomitancias con el refrán sacado a colación por Mateo Alemán, Cervantes y Correas se revelan estrechas, ya que todos se sitúan en encrucijadas de despedidas y de *hasta la vista* entre ciegos. Pero proliferaron muchísimos chistes más en que los equívocos a costa del sentido de la vista incumbían a ciegos que no se despedían, sino que se encontraban, se tropezaban, conversaban entre sí.... El avatar más viejo que conozco es el de este sarcástico diálogo del ciego y el capón que asoma en la *Floresta española* (1574) de Melchor de Santa Cruz VIII, I: 12 (229):

A Antonio de Cabezón el ciego, músico de tecla del emperador Carlo Quinto, fue a ver un cantor tiple, sin barbas, el día de San Juan de Junio, después de comer. Y, despidiéndose de él, preguntóle Antonio de Cabezón adónde iba. Y,

respondiéndole que a la plaza de Zocodover a ver las damas, dijo Antonio de Cabezón:

—Si vuestra merced va a ver las damas, ensilláme mi mula, que también quiero yo ir a ver los toros.

Los chistes que conoceremos a continuación fueron publicados, una vez más, en la prensa de finales del XIX y comienzos del XX, a la que al parecer este tipo de chascarrillos caían muy en gracia:

Entre dos ciegos que piden limosna a la puerta de las Calatravas:

—¿Y conoces tú a ese caballero que te acaba de dar dos *riales*?

—Sí, de vista.

(*La Época*, 28 de julio de 1887, 4).

Entre dos ciegos a la puerta de una iglesia:

—¿Conoce usted, compañero, a esa señora caritativa que acaba de darle diez céntimos? —pregunta uno de ellos.

—De vista solamente —contesta el otro.

(*La Época*, 2 de marzo de 1893, 4).

A la puerta de una iglesia están conversando dos ciegos:

—Me han asegurado —dice uno de ellos— que casas a tu hija.

—Sí —contesta el otro—, con un chico muy simpático.

—¿Y has tomado informes acerca de él?

—No, pero me ha gustado mucho a primera vista.

(*El Liberal*, 25 de enero de 1901, 4).

Dos ciegos hablan de otro desgraciado como ellos.

—¿Sabes qué ha sido de él?

—Sí, está en Vista Alegre.

(*La Iberia*, 6 de marzo de 1895, 3).

Dos ciegos hablan de política y se acaloran:

—¡No, no seré nunca de tu opinión! —exclama uno de ellos.

—Vamos, hombre, es preciso que veas lo que dices —contesta el otro—. En materia de principios no podemos tener dos puntos de vista diferentes.

(*El Liberal*, 26 de octubre de 1891, 3).

Dos ciegos hablan de la campaña de Cuba y se acaloran disputando, pues cada uno opina de un modo diferente.

—¡No, no seré nunca de tu opinión! —exclama uno de ellos.

—Vamos, hombre, es preciso que veas lo que dices —contesta el otro—. En la cuestión cubana, como españoles, no podemos tener dos puntos de vista diferentes.

(*El Liberal*, 29 de diciembre de 1896, 4).

Entre dos ciegos:

—Pero hombre, ¿no vas a perdonar a la Manuela?

—No me hables de ella. ¡No la puedo ver!

(*Nuevo mundo*, 16 de noviembre de 1898, 3).

Dos ciegos tocaban la guitarra en una plazuela, y uno de ellos dijo al otro:
 —Hace rato que estoy viendo tu guitarra destemplada. ¿No te disuena a ti?
 —Lo que me disuena es que digas que lo estás viendo, siendo ciego.
 (*Monos*, 1 de abril de 1905, 2).

Unas cuantas reelaboraciones de esta familia de chistes son dignas de atención algo más particular. Encontramos, por ejemplo, una alusión ingeniosísima embutida al final de una versión del pliego del romance de *El molinero de Arcos*, impresa en los inicios del XIX (Durán II, 411):

... Y ahora Pedro Marín
 advierte que no es novela;
 que por testigo de vista
 pone al ciego de la peña.

El tópico de los *testigos de vista* ciegos tuvo cierto recorrido en el humor periodístico del cambio de siglo. Unos versos que acaso tuvieran alguna popularidad a finales del XIX (la crónica periodística en que están engastados los presentan como “conocido epigrama”) decían así:

De Aduanas principal
 quiso ser *vista* [vigilante] D. Diego,
 y al firmar el memorial
 puso *Fulano de Tal*,
 y entre paréntesis: (*Ciego*).
 (*La Iberia*, 28 de julio de 1889, 3).

Noticia bastante estrafalaria, la de este otro ciego que fue también *testigo de vista* de un altercado callejero:

Mal pagador.

Un repartidor de cerveza, a quien debía dinero un tabernero del Cerro de San Isidro, estuvo ayer en casa de este con objeto de reclamarle la deuda. El tabernero invitó a su acreedor a que pasara a una habitación interior para saldar la deuda, y cuando estaba dentro se arrojó sobre él con una faca.

El cervecero pudo parar el golpe sujetándole fuertemente, hasta que a las voces de auxilio acudieron algunas personas a prestárselo. Ambos pasaron al juzgado de guardia en unión de un ciego que pide limosna, huésped del tabernero, que dijo ser *testigo de vista* de la ocurrencia.

(*El Imparcial*, 6 de junio de 1903, 4).

Asombrosas las nuevas que nos llegan de otro ciego madrileño y decimonónico, Antonio Ortega, quien al parecer estaba dotado de una *vista* bastante regular para el oficio de timador:

Sociedad de timadores. Los nuevos detenidos.

Los detenidos de que hablamos ayer complicados en este proceso son un tal *Pepe*, acomodador del teatro del Príncipe Alfonso, y un pianista ciego que tocaba en el café de Venecia.

El *tío Pepe*, según dicen, es antiguo amigo del tío Mariano Conde, y en su casa estuvo escondido quince días Estrada cuando la policía lo persiguió, no sabemos si por la estafa de 25.000 pesetas o por otro delito. Lo que sí aseguran es que el *tío Pepe* ocultó al amante de la *Paragüera* por orden de Conde.

En cuanto al pianista, parece que, a pesar de su desgracia, servía de correo de uno a otro punto. Con esto la sociedad demostraba su *viveza*, pues por lo visto no tenían confianza en el *servicio de correos*. Suponemos que este *ciego* dará *luz* en el proceso. José Caravias [el *tío Pepe*] y Antonio Ortega [el *ciego*] ingresaron en la cárcel celular después de su declaración.

El día de ayer.

Ayer practicó el Sr. Dessy y Martos diligencias de gran interés. Parece que resultan complicados el tío Pepe y el ciego, que por lo *visto* tiene *vista* para estos negocios en la estafa cometida a la casa Henry Cale, de New-Castle.

La mujer del ciego prestó declaración, siendo puesta en libertad.

(*El Imparcial*, 22 de agosto de 1896, 4).

Chiste ilustrado también muy revelador, el que apareció en *El Heraldo de Madrid* del 1 de marzo de 1929 (14), tomado, según declaración del propio periódico, del “*Everybody’s Weekly* de Londres”. Nos muestra a un mendigo ciego que le dice a un señor que acaba de tener un accidente automovilístico: “Si necesita usted un testigo de vista cuente usted conmigo, señor...”.



AUSTRIA HONRARA AL INVENTOR DEL AUTOMOVIL EN LA CIUDAD DE VIENA EN HERMOSA PLAZA, SE LEVANTARA UN MONUMENTO EN MEMORIA DE SIEGFRIED MARCUS

Pese a la popularidad de que goza el automóvil en todo el mundo, cuyas unidades alcanzan, según los más recientes registros, a 30 millones, el promotor de los automóviles tardó varias veces en darse a conocer en el inventor de este vehículo.

En los Estados Unidos, en donde circulan 23 millones de automóviles, vale decir el 75 por 100 del registro total, se desconoce, en general, quién fué realmente el fabricante del primer carruaje sin caballos.

Se suele creer que Gottfried Daimler, un alemán, fué el primero que condujo un automóvil, aunque su máquina no apareciera hasta 1885.

En Norteamérica, el primer vehículo a motor fué inventado por G. A. Duryea, quien asombró a los transeúntes que lo vieron pasar con su coche el 19 de abril de 1892. Dos años más tarde, Hiram P. Howe fabricó un modelo de líneas similares.

En 1864, Siegfried Marcus, alemán de origen, residente en Viena, Austria, inventó un vehículo a motor que, según lo que sabemos, fué el primero que se puso en servicio activo.

Pronto se inaugurará un monumento en su honor en una de las plazas públicas en la hermosa ciudad de Viena. Se levantará frente a la catedral de San Carlos, cerca del Instituto de Tecnología.

Siegfried Marcus nació el 13 de septiembre de 1811, en Melnik, Estado de Meklénburgo, Alemania. Recibió su educación fundamental y secundaría en el gimnasio de Hamburgo hasta 1832.

Dirigió entonces a Viena, donde trabajó en un establecimiento técnico hasta 1869, fecha en que se independizó abriendo un taller mecánico donde hizo «Machinaria», que, según se dice, entró en servicio activo en 1864.

Este vehículo fué seguido por un modelo mejorado en 1873. El original ocupa un puesto de honor en el Museo Técnico de Viena.

Este automóvil tenía un motor en las ruedas traseras y estaba equipado con un carburador y un sistema magnetoeléctrico de encendido, siendo estas dos últimas mejoras invenciones de Marcus.

El trabajo no fué comprendido en su país natal. Nadie respetó su simpatía con respecto a su «Machinaria».

Siegfried Marcus murió en la soledad el 30 de junio de 1882, después de llevar una vida consagrada a la ciencia.

El único reconocimiento oficial de su obra productiva fué la muerte del Marqués de Jerez, el último emperador de Austria-Hungría.



EL MENDIGO CIEGO.—Si necesita usted un testigo de vista cuente usted conmigo, señor... ("Everybody's Weekly", de Londres.)



—¿Cuánto me lleva usted por sacarme un diente? —Un duro. —¿Podría usted aflojarme por una peseta y yo me lo sacaría? ("Table Talk", de Melbourne.)

ALGO ES ALGO



—Ya ve usted; ahora mismo han abaratado la gasolina. —Pues con eso y con que los comestibles sigan al mismo precio, ya podremos echar un buen trozo de automóvil al cocido. ("La Voz de Aragón.")

DIAS DE VIGILIA



—Y si no, en vez de un huevo frío, trágame una ración de pollo, que, al fin y al cabo, es lo mismo, ya que sólo se trata de unos meses de diferencia. ("La Voz de Aragón.")

una variante de ella, la «Jesucristo», que consistía en una tela larga y oblonga sostenida por un báculo sobre el hombro o el pecho.

También llevaban la cresta que se encuentra en la estatua de Faustina, la joven, y que era su traje de casa; la «meduciana» o toga unguitaria; la «opagatiana», especie de túnica bordada de plata y oro; las «epulas» de tela liviana, calada y «serculas», muy flexibles y de color antracita; la «abstusica», las «calantes» y la «ventilla» de larga veta.

Al lado de aquellas naciones donde la civilización triunfaba, los galos y los otros pueblos celtas iban vestidos con la barbarie; los galos vivían sin idea de lujo, en sus selvas que se extendían desde el Océano hasta la antigua Lutecia.

Las galas, rudas y primitivas, iban sumamente vestidas con el «aduguma», sayo, cuya dimensión era de un simple faldón, y una túnica corta, sin mangas, que cubría una larga falda.

Cuando aparecieron en las Galias las águilas romanas, las mujeres del país miraron con ojos de envidia a las bellas conquistadoras; hubo más de un disgusto en los matrimonios, y la conquista invadió aquellos sencillos corazones, haciendo germinar en las galas el deseo de las galas.

Bien efímero fué aquel lujo, pues pronto sucumbió a la invasión de los francos, cuyas mujeres, rudas y fuertes, se paseaban luciendo sólo «cintas de bandada roja».

Las galas heredaron las modas romanas y las francas con las propretas, formando así un estilo de orden complejo y transitorio.

UN CASO EN LA JURISPRUDENCIA BOLCHEVIQUE RIGA. Por primera vez en la historia de la jurisprudencia bolchevique se ha visto en Leningrado una causa en la que los trabajadores de una fábrica no nacionalizada defienden la dirección y propiedad privada de la misma.

Un súbdito león Hamado Wolffmann, director de la Morgan Works, en Leningrado, durante veintiséis años ha sido acusado por la Checa de haber vendido hierros comerciales por mediación de dos ingenieros residentes en el extranjero sin haber intervenido en la operación las autoridades rusas.

ha recibido de su Gobierno la orden de trasladarse a Leningrado para seguir de cerca las incidencias de este proceso.

EL ASFALTO

En el lenguaje corriente se designa con el nombre de asfalto a todas las substancias bituminosas, ya sea que se empleen para la pavimentación de calles o construcciones de diversas especies. El uso del asfalto se ha podido comprobar hasta en la más remota antigüedad, y ya en la Biblia se lee que Noé empleó esta substancia en vez del cemento para construir su arca.

Los egipcios también lo usaron, lo mismo que los griegos y los romanos. Finalmente, los romanos también concocieron esta substancia, y en las ruinas de Pompeya se han hallado calles completamente pavimentadas con asfalto. En los tiempos modernos parece que sólo en 1719

EL PELIGRO DE LOS LABIOS PINTADOS

El doctor Charles V. Crutcher, director de Sanidad de Newark, ha publicado un boletín en el que advierte los peligros que aparece el boso. Los bostes de pintura para los labios son, según asevera, criaderos de microbios.

Dice el doctor que cuando un bacteriólogo quiere averiguar cuántos gérmenes invisibles habitan la atmósfera que lo rodea, pone una capa de gelatina sobre un plato de vidrio y la expone al aire por unos minutos. Inmediatamente los microbios acuden a la gelatina como las mariposas a una rosa roja.

VUESTRO PERIODICO HERALDO DE MADRID

... es el diario madrileño de la noche que acregta siempre en sus columnas las palpaciones demográficas de la juventud nacional, fuere que sienta y definiendo cada día que pasa con mayores entusiasmos.

HERALDO DE MADRID — propaga a diario sus ideales, procurando inspirarse siempre, respecto a política, en un amplio sentido de vida internacional, que se hace cada día más necesario para la consecución de una espiritualidad inequívoca y firme.

ja. Esto mismo es lo que pasa, según afirma, con los labios pintados, los cuales son una especie de trampa para los microbios, que pueden fácilmente pasarse a otros labios por contacto.

UN AERODROMO FLOTANTE

NUEVA YORK.—El director de una casa de construcciones navales anuncia que va a procederse inmediatamente a la construcción de un aerodromo flotante a 300 millas de la costa, entre Nueva York y las Bermudas. El aerodromo en cuestión tendrá 200 pies de largo, 200 de ancho en los extremos y 400 en el centro. En su construcción se emplearán, entre otros materiales, 8.000 toneladas de hierro y acero.

El aerodromo será mantenido en su posición en el mar por medio de cadenas, cuya longitud se calcula en cuatro millas, sujetas a boyas sumergibles de un modelo especial. En el aerodromo Botany habrá una dotación permanente de 40 hombres y se construirán en él un taller de carpintería y un taller de reparaciones.

UN GATO EXTRAORDINARIO

Según el «New York Herald», la colección del Museo de la Universidad de Chicago acaba de enriquecerse con un gato muy extraño. Este gato, de los paleontólogos, debe de haber vivido en territorio americano de la frontera de diez millones de años. Mide cuatro pies de longitud, y su nombre científico es el de «Sillimanis squallidus», lo cual significa «gato grande con dientes de billón».

Según el paleontólogo Paul Miller, de la Universidad de Chicago, ese gato debe de haber nacido y crecido al norte de los Estados Unidos, probablemente un ejemplar de los gatos moteados de aquella época, que habitaban por los árboles del Illinois.

LOS TERRIBLES BANDIDOS CHICAGOENSES

CHICAGO.—Sigue siendo muy comentada la última amenaza de los bandidos de Chicago al secuestrar al dentista doctor Tacker por ser el indicado para la identificación de los cadáveres que diez años atrás se ocho miembros de la banda Moran en una carretera de Chicago el día 14 de febrero.

La preocupación de L. Policía es grande por las continuas amenazas de que son objeto los insignes ciudadanos para declarar en un momento de su vida.

Las señoras Antonina Morin y Juana Landman han sido amenazadas de muerte en el caso de que sus declaraciones puedan contribuir al descubrimiento de los asesinos.

Según declaraciones del doctor Tacker uno de los asesinos había estado el día anterior en un hotel cerca de Chicago para declarar en un momento de su vida.

El doctor Tacker ha sido secuestrado por los bandidos, y después de haberle cambiado completamente el indumentario, le condujeron a un hotel de Chicago para la identificación de los cadáveres de Detroit con el propósito de matarlo.

Los secuestradores de intención probablemente, y después de amenazarlo repetidamente con su ejecución en el caso de que los periodistas con sus declaraciones le deparan en libertad.

Ahora ha llegado el suceso a Chicago protegido por tres detectives. El jefe de la Policía secreta, capitán Chicago, ha prometido a los testigos cuyos nombres se han publicado una efectiva protección de la Policía para evitar que los bandidos cumplan con sus amenazas.

24 Horas el límite. Para cualquier resfriado molesto. Un día. Y la molestia desaparece. Eso es lo que sucede cuando se usa Mistol. El nuevo tratamiento rápido que las medicinas reconocidas. Unas cuantas gotas en la nariz y se acabó el resfriado. Venta en farmacias. Mistol. DURA LOS RESFRIADOS EN 24 HORAS. TELEFONO DEL HERALDO 10.449

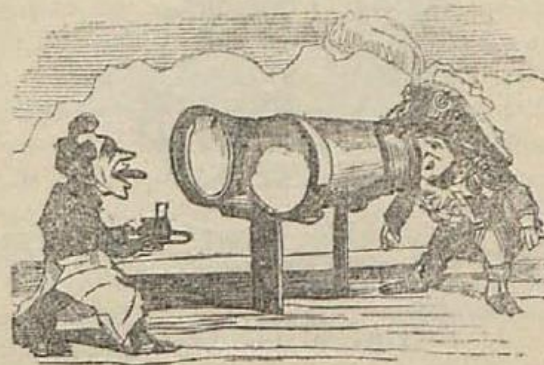
Y, ya que nos movemos en el dominio del chiste ilustrado, he aquí otro que se burla de un ciego al que la casualidad hizo ser vendedor de vistas o paisajes. Fue publicado en el Almanaque enciclopédico español de 1863 (96).

—94—

á Salomon; perdieron á Sardanápalo; perdieron á Glemchid, apellidado el Salomon persa; perdieron á Tolomeo Filadelfo; perdieron á Alejandro, perdieron á Anibal; perdieron al rey godo don Rodrigo; perdieron á Larra; perdieron á Espronceda; perdieron á otros mil y mil hombres ilustres cuyo degraçado fin llora la humanidad.

La mujer de génio fuerte es un dragon con enaguas. La mujer testaruda se lanza al mar en una caja de carton. La mujer paciente asa un buey con una vela. La mujer curiosa quisiera darle vueltas al arco iris para ver qué colores tiene del otro lado. La mujer ordinaria es una araña que se empeña en hacer de su tela un tejido de seda. La mujer prudente escribe sus promesas en una pizarra. La mujer envidiosa se mata procurando apretarse el corsé mas que su vecina. La mujer despilfarrada quema una vela de esperma buscando un fósforo. La mujer industriosa es una hormiga desde el 1.º de enero hasta 31 de diciembre. La mujer feliz... murió hace muchos años en el hospital de los Ciegos, Sordo-mudos.

VISTAS ESTEREOSCOPICAS.



En la estamperia del Ciego hay una coleccion completa de vistas de todas clases. (Y siendo ciego el estampero, ¿por qué no elige alguna de la coleccion?)

LA BLANCA Y LA NEGRA.



Al día siguiente de una quiebra ruinosa recibió un comerciante la siguiente carta de un amigo: "Estimado A. Remítame mil pesos y quédate mi negra en garantía." El arruinado contestó: "Estimado B. Te remito la negra pues me he quedado sin blanca."

Ciertas ambiciones poéticas tienen, en fin, estas *Quisicosas* en verso de Miguel de Palacios (quien fue conocido, sobre todo, como libretista de zarzuelas), que vieron la luz en *La Gran Vía* el 14 de julio de 1895 (10):

Hablan dos ciegos, y uno
pregunta al otro: —¿Y tu esposa,
ya vive otra vez contigo?
¿Diste perdón a esa loca
después de haberse escapado?
—¿Qué quieres, si así son todas!
Dijo el otro...: —En este mundo
hay que hacer la vista gorda.
Nada, cástate con Luisa,
cástate pronto, sobrino.
¡Es un ángel!
—¡Ya lo sé
mas se pinta mucho, tío!
—¿Y en dónde has visto tú ángeles
que no estén pintados, dilo?...

Este poemilla en concreto parece contener alguna irónica alusión al refrán viejo que en las colecciones de Hernán Núñez (núm. 3465), que fue publicada en 1549, y de Gonzalo Correas (núm. 525), de 1627, rezaba así: “La mujer del ciego, ¿para quién se afeita?”; que asoma también en *La Dorotea* (1632) de Lope de Vega (401): “Viuda es, y no le pesa de parecer bien. La mujer del ciego, ¿para quién se afeita?”; y que todavía perviviría durante siglos, a veces con alguna variante digna de mención, como la de “La mujer del ciego, ¿para quién se peina?”, publicada en *El Enano* el 25 de junio de 1856 (4); y “La mujer del ciego, ¿para quién se adorna?”, en *La Unión Ilustrada* del 3 de septiembre de 1911 (32).

Pero los reciclajes y cruces de nuestros chistes de ciegos que ven o que dicen ver no acaban aquí. Llama la atención, sin duda, que sigan hoy circulando por Internet repertorios de relatos que responden a la etiqueta de “chistes de ciegos”, entre los que podemos detectar algunos que siguen formando parte de la larga familia que estamos conociendo. Así, en un portal que se llama *Portalmochis.net* nos tropezamos con este:

Se encuentran dos ciegos y uno le dice al otro:
—¿Me prestas 1.000 dolares?
Y el otro le responde:
—¿Cuándo me lo devuelves?
—Cuando nos veamos...
(<http://www.portalmochis.net/humor/chistes/ciegos.htm>)

Y en otro portal que lleva el título de *Chistes en yahoo* encontramos toda una pequeña colección:

Dos ciegos por la carretera.
Dos ciegos van en una moto por la carretera, y le dice uno al otro:
—¿Cuándo me vas a dar los 3.000 euros que te presté?
Y contesta:

—¡Cuando nos veamos!

Los ciegos y la lluvia.

¿Por qué a los ciegos les gusta tanto la lluvia?

Porque siempre están diciendo: Si yo vi...e...ra.

En un tiroteo entre policías y ladrones, la policía detiene a un ciego. Luego de un rato lo sueltan porque, NO TENÍA NADA QUE VER...

El mudo le dijo al sordo que el CIEGO estaba viendo la carrera de paralíticos.

Dice un ciego: ¡Veo sombras!

Dice un sordo: ¡Oigo pasos!

Dice un cojo: ¡Sea quien sea, lo agarramos a patadas!

(<http://es.answers.yahoo.com/question/index?qid=20090308114448AAt8zjP>)

Otro chiste de ciegos inserto en el *Entremés de los mirones* y una parodia en *El cortesano* de Luis de Milán

El *Entremés de los mirones*, que unos cuantos críticos han atribuido nada menos que a Cervantes, es, al margen de quién fuera su autor, pieza compleja y memorable (y desatendida de manera muy injusta) de nuestro teatro cómico barroco. Entre los varios y tradicionales chistes de ciegos que encuentran acomodo en él (véase Pedrosa) hay uno que nos interesa ahora de manera específica:

Licenciado: Díganos ahora el señor Galindo en qué ha empleado su vista, que gusto le dio Dios para emplearla.

Segundo mirón: De allí nos escurrimos paso a paso a la plazuela que está a las espadas de Santa Catalina, donde hay una imagen de la Virgen, que llaman de las Ánimas, donde se suelen juntar seis o siete, y aun ocho ciegos tal vez, y todos tiene qué hacer lo más del día, según la devoción que tiene toda Sevilla a aquella imagen. Estando allí parados, vimos venir a gran priesa dos ciegos, el uno enfrente del otro; y, como no se vieron, embistiéronse ambos y diéronse una gentil testarada. Acudió cada uno a guarecer su frente con las manos, diciendo el uno de ellos: “¡Válame Dios, señor! ¡Parece que no ve! ¿Por qué no mira lo que hace?”. El otro le dio la misma queja, diciendo: “¿No tiene ojos en la cara? ¡Débelos de tener en el colodrillo! ¿No mira cómo viene?”.

Riéronse todos de ver que cada uno pensó que él solo era ciego, y ellos de ahí a poco rieron más que todos, cuando cayeron en la cuenta de que ambos eran privados de la vista; que ciegos son ordinariamente advertidos y gente de donaire. (*apud* Alonso, 76-77)²

Pariente distante y afecto a una rama con identidad propia de nuestra amplia familia de chistes de ciegos que son sujetos de equívocos *visuales*, este que nos desvela el *Entremés de los mirones* fue relato que se inscribe dentro de una tradición también perdurable. Algunas versiones decimonónicas llegaron a darlo hasta como caso realmente sucedido, digno por ello de convertirse en noticia periodística. La primera que voy a

² Sobre la atribución a Cervantes, véase Rodríguez López-Vázquez.

reproducir fue publicada por *El Clamor público* el 30 de abril de 1864 (3) y tiene la particularidad de que traslada su escenario a Lyon:

Ceguera. Refiere el *Progres de Lion*, que dos ciegos se encontraron frente a frente en la acera de San Sebastián. Ni uno ni otro querían abandonar el lado de la pared, porque este era el hilo de Adriana [*sic*] que guiaba sus pasos.

“Vos podéis pasar por las piedras, decía uno; ¿no veis que yo soy ciego?”. Su camarada de infortunio sospechó que el que le interceptaba así el paso era algún zumbón que quería burlarse de él. Pero usando de humildad y mansedumbre, se limitó a responder: “Hacéis mal en burlaros de un desgraciado ciego. Que Dios os perdone y os conserve la vista”. El otro se creyó burlado a su vez, y tan singular debate se hubiera prolongado largo tiempo a no ser por una buena mujer, que dirigiéndose al más porfiado de los dos ciegos, le dijo con el mayor candor, “¿Pero no veis que ni uno ni otro tenéis vista?”.

Esta otra versión se halla ambientada en una calle sin concretar del viejo Madrid. El noticierismo del que quiere hacer gala es mejor tomarlo, a la vista de los demás paralelos suyos que conocemos, por ingeniosamente apócrifo:

¡Vaya una broma! Ayer vimos una escena en la calle que pudo haber ocasionado un lance raro, cual fue el de apalearse dos ciegos. Venían por una misma acera dos de esos desgraciados en distinta dirección. El uno con un palo debajo del brazo, inválido por cierto, marchaba con seguridad; el otro, por el contrario, andaba despacio con la guía de su palo. De repente aquellos dos *lince*s chocan de frente, y el uno de ellos levanta su palo, y dice:

—¡Imprudente! ¿No ve V. por dónde va?

Y el compañero replico:

—Lo mismo le digo á V.

Entonces un alma caritativa *espuso* a los dos la razón sencilla de su choque y de su enfado.

(*La Discusión*, 12 de noviembre de 1865, 3)

Tampoco faltaron en la prensa del XIX las versiones empobrecidas, reducidas a la condición de chistes rápidos y desustanciados:

Dos ciegos se tropiezan:

—¡Bruto!

—¡Bárbaro!

—¡Ah! ¿Eres tú, Lucas?

—Sí, Marcos.

—¿Y qué tal de salud y de pesetas?

—Ya lo estás *viendo*, chico: sin un mal céntimo.

—¡Te veo!

(*Gil Blas*, 28 de agosto de 1867, 4)

Al revolver una esquina se tropiezan dos ciegos, y le dice uno al otro:

—Parece mentira que tenga usted tan poca vista, buen amigo.

—Tan poca, que me parece que veo menos que usted.

(*Monos*, 28 de enero de 1905, 2)

Daremos por concluida nuestra indagación en tantos chascarrillos de ciegos que andan *viendo* por ahí y saltando de un género literario a otro (del refrán al chiste, del poema epigramático a la noticia) con desafiante frescura, recuperando una composición de registro bien diferente, pero muy aleccionadora a la hora de contextualizar e interpretar mejor la historia y la poética de estos juegos de ingenio. Se halla engarzada como canción lírica en *El cortesano* (1561) de Luis de Milán, obra señera de la poesía y de los ceremoniales poéticos de la alta sociedad renacentista española. Nos sitúa, por ello, en el polo opuesto, cultural e ideológico, del que definía las clases sociales (los ciegos callejeros mendicantes) y los registros discursivos populares que hasta aquí nos han ocupado.

Son versos que parodian, abiertamente, los tópicos y los excesos de la poesía amorosa de su tiempo, según declara la voz que los introduce: “el chiste que hicistes sobre esto quiero decir, pues tan bueno es para contar como para hacer reír, y es este”. Las claves de ese “reír” al que anima la composición operan en varios niveles de expresión y de significación: la voz cantante finge ser la de un ciego ambulante, frágil, mendicante incluso (“no veo por do voy...”) al que la gente hace objeto de burla (“vémosle estropezando...”): un ciego como cualquier otro de los que durante siglos llenaron con sus cantos y lamentos los caminos y las calles de España. De hecho, es posible que la forma de estos versos, y quizás también la melodía que presumiblemente acompañaría, fueran remedo de las cantilenas de los ciegos que cualquiera en el siglo XVI sabría reconocer al instante. La voz cantante finge estar, además, ciega de amor, conforme a un motivo más que manido de la lírica de signo erótico. E incurre, de paso, en la exageración de declararse ciego de tanto llorar: una hipérbole que se asociaba a hipócritas y mercenarios, según recordaba el difundido refrán que en la versión publicada en 1549 por Pedro Vallés (núm. 2057) decía: “La judia de Caragoça / que cego: llorando duelos ajenos”.

Quéjome de una dama,
d'ella a ella,
que no puedo estar sin vella
y no la veo.
Vengo yo d'este deseo
a llorar;
miedo tengo de cegar.
Mejor sería,
pues no veo a quien querría,
que sois vos.
Alabado sea Dios,
que os crió,
para que cegase yo,
que ya lo' stoy,
pues no veo por do voy
a las gentes;
diciendo van entre dientes:
“hélo, hélo,
vuelto se nos ha mochuelo,
que tal sería.
Cierto no ve de día
y va mirando.
Vémosle estropezando

en sus amigos.
Señales son y testigos
de su muerte”.
Dícenme: “muy mala suerte
habeis tenido”.
Yo les digo: “no ha sido
sino buena;
que no ver no me da pena,
Pues no veo
a la que más ver deseo,
que’s mi dama”.
Dícenme si me defama;
yo les digo:
“las obras son el testigo
del amor.
¿Veisme ciego amador
y burláis?
Plega a Dios que os veáis
como yo,
mas no de quien me cegó”. (Milán, 74-76; modifíco la puntuación y la
distribución versal)

Un poema, el de Milán, sofisticadamente cortesano, pariente lejano de los demás chistes —mucho más rudimentarios, a caballo entre la voz oral y la escritura popular— acerca de ciegos *veedores* que nos han ido saliendo al paso. Con él cerramos, por el momento, una indagación que partió de los inicios del siglo XVII (Aleman, Cervantes), se retrajo en algún momento hacia el anterior (Santa Cruz, Milán), se ensanchó en el XIX y se prolonga ahora hasta las redes internáuticas del XXI, lo que le garantiza, probablemente, algo que será parecido a la eternidad.

Obras citadas

- Alemán, Mateo. David Mañero Lozano ed. *Guzmán de Alfarache*. Vol. 3 de *La obra completa*. Pedro M. Piñero Ramírez y Katharina Niemeyer dirs. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2014.
- Alonso, Dámaso. *El hospital de los podridos y otros entremeses alguna vez atribuidos a Cervantes*. Madrid: Mayo de Oro, 1987.
- Cejador, Julio. “La ironía y el gracejo en los refranes.” *La España moderna* 207 (1 de marzo de 1906): 84-101.
- Cervantes, Miguel de. Francisco Rico ed. *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona, Crítica, 1998.
- Correas, Gonzalo. Louis Combet ed., revisada por Robert Jammes y Maité Mir-Andreu. *Vocabulario de refranes y frases proverbiales (1627)*. Madrid, Castalia, 2000.
- Durán, Agustín. *Romancero general*. Madrid, Rivadeneira, 1851. 2 vols.
- Fontana, Joan. *Algo va de Stan a Pedro. Parèmies populars a les traduccions romaneses integrals del “Quijote”*. Tesis doctoral. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2014.
- Milán, Luis de. *El Cortesano*. Madrid: Impr. de Aribau, 1874.
- Núñez, Hernán. Louis Combet, Julia Sevilla Muñoz, Germán Conde Tarrío y Josep Guia i Marín eds. *Refranes o proverbios en romance*. Madrid: Guillermo Blázquez, 2001. 2 vols.
- Orero Clavero, Pilar. “El wellerismo en la tradición paremiológica española.” *Paremia* 6 (1997): 459-464.
- Pedrosa, José Manuel. “*Los dos ciegos* (1855), entremés cómico-lírico de Olona y Barbieri: rumor, noticia, cuento y zarzuela (ATU 1577).” En Tobias Brandenberger. *Dimensiones y desafíos de la zarzuela*. Berlin: LIT, 2014. 105-130.
- Rodríguez López-Vázquez, Alfredo. “Cervantes y *El entremés de los mirones*: bases objetivas para su atribución.” *Etiópicas* 7 (2011) 57-63.
- Santa Cruz, Melchor. Pilar Cuartero y Maxime Chevalier eds. *Floresta española*. Barcelona: Crítica, 1998.
- Vallés, Pedro. Jesús Cantera Ortiz de Urbina y Julia Sevilla Muñoz eds. *Libro de refranes*. Madrid: Guillermo Blázquez, 2003.
- Vega, Lope de. Edward S. Morby ed. *La Dorotea*. Madrid, Castalia, 1980.